

**BOLIVAR:
REVOLUCION E IMAGEN
por Ramiro de la Espriella**

BOLIVAR: SU PASO POR LA HISTORIA;

Estamos frente a un aceleramiento de la historia.

¿Quién es este hombre, tan seguro de sí mismo, que se coloca, de pronto, sin permiso de nadie, en su sitio?

Para decirlo de una vez, no tenía detrás de sí la huella de un sólo esfuerzo.

Había comprado con su fortuna el derecho a representar a Venezuela en las conversaciones de Londres. Imbuído en las formas románticas de la expresión y de la vida, dejaba en Madrid y en París recuerdos sonreídos como de ave rara y tropical mucho más que del galante caballero que la leyenda ha pretendido repintar después. Su juramento del Monte Sacro parece, en la perspectiva de la historia, una exaltación febricitante reencontrada como vaticinio de su gloria posterior. Todavía cuando regresa, Miranda lo coloca bajo las sospechas de sus airadas explosiones; Bello, que ha sido su maestro y lo tiene por compañero de viaje, lo mira a distancia; el propio Humboldt, no oculta su lejana antipatía. Y después de Puerto Cabello, su vida vale aún mucho menos, bajo el recelo de la cobardía y la traición.

¿Qué pudo haber sucedido, además, para que ese militar que pierde todas las batallas, y gana —es verdad— las decisivas, tuviera bajo su mando, disciplinado y silencioso, a un jinete como Páez? ¿Sometiera a Bermúdez y al bizco Arismendi? ¿Hiciera obedecer a Hermógenes Maza? ¿Fusilara sin protesta a Piar? ¿Obligara al negro Infante a guardar compostura en su presencia? ¿Por qué le reconoce jerarquía Santander? ¿Y Sucre lo sigue como un padre? ¿Y San Martín le hace una venia, y se retira? En fin: ¿por qué cuando se acerca al Pacificador Morillo —la mula y el sombrero de alas no más— adquieren, por primera vez en la historia, la tierra y la gente que liberta su dignidad como tierra y como gente?

Es el misterio abierto de su personalidad.

La intensidad de su vida.

Pero, más aún, la majestuosa concepción de su pensamiento político.

En Bolívar está el "yo". Y, sin embargo, es un raro individualista que hace cauda. Esta guerra de la independencia es una sucesión de derrotas y evasiones, precisamente porque es una guerra de guerrillas, es decir: una guerra moderna, donde el hombre vale como hombre, y, además, apela a su propia circunstancia como recurso bélico decisivo. Se necesita, entonces, del aglutinante de una gran personalidad que renazca después de cada combate, que esté ahí y se esfume, a la vez ausente y de regreso. Pero no es el genio Militar en sí lo que define el señalamiento del mando, porque la guerra se va inventando sobre la marcha, en la medida en que la geografía sorprende al hombre y el hombre logra hacerla suya. No tiene, tampoco, cartabones la estrategia, y la táctica es casi siempre un hallazgo intempestivo. Y estamos en el primer día de la creación. Es un mundo que se descubre a sí mismo. La tierra. Sólo existe la tierra. Y comienza a aflorar el hombre que la padece. Pero ese hombre es un subproducto de la naturaleza, un lejano descendiente de otras civilizaciones y culturas, que tiene, él también, como hombre, que inventarse a sí mismo. ¿Qué hacen el indio, el cuarterón, el mulato, el pardo, detrás de esas banderas? La verdad es que ellos mismos no lo saben. Todo se explica por una asunción de poder que no viene, ni siquiera, del raciocinio sino del "fatum". La fatalidad histórica los ha llevado a ese punto, y ahora son los soldados de la libertad. Pero eso sólo no es suficiente. Para que el hombre americano comience a "crearse" él mismo como hombre, hace falta algo más. Sí, hace falta la intensidad de una vida. Una pasión demoledora, y el misterio de la creación. Esos dos valores, la destrucción del presente y la perspectiva del futuro, confluyen en la personalidad de Bolívar y hacen posible su renacer su presencia. Porque Bolívar está ahí siempre subsiste la guerra, y, más aún, la guerra es larga, no da trazas de terminar jamás. Ya en Jamaica, por ejemplo, vislumbrada la necesidad de liberar a Cuba y Puerto-Rico, y en la convocatoria del Congreso Anfictiónico planteaba nuestra unidad de destino, otra vez. El misterio abierto de su vida y de su personalidad son los aletazos de su genio. Lo que no está escrito, lo que no puede ser y se supone imposible. Toda esa gente hecha de barro inmediato y de pasiones elementales no podía ser deslumbrada por nada distinto a una fuerza sobrenatural. En su instante esa fuerza fue Bolívar. La suya, sin embargo, era una intuición que pensaba, que sigue detrás de la cola del relámpago y la hace suya. ¿Cuántos revolucionarios de hoy, no hubieran querido haber escrito antes que él, y como él, estas palabras de la Carta de Jamaica: "Nosotros no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas. El débil necesita una larga lucha para vencer; el fuerte, como en Waterloo, libra una batalla y desaparece un imperio?" "El débil necesita una larga lucha para vencer", eso es todo el compendio de la independencia, los 120 mil kilómetros que recorre en su vida hasta su muerte, desde Puerto Cabello y Tenerife a Boyacá y Ayacucho, los de la molicie en Lima, y, de nuevo, el trasegar hacia las sorpresas de la guerra o las intrigas del poder. Pero para que alguien lo crea, y la gente se le una, y los facciosos obedezcan, y los soldados tengan fe, y los pobres esperanza, hacía falta no sólo el descubrimiento de la verdad oculta en sus palabras, sino la capacidad para imponerles como una orden de mando. Por eso podía avanzar en las retiradas, ser obedecido

después de las derrotas y fusilar sin ser un sanguinario. Un hombre como Páez, el León de Apure, explicaba su jerarquía simplemente por su mirada...

El héroe tiene aquí la intensidad de su vida, que es no sólo el resistir sino el volver. ¿Cuántas veces pierde Bolívar la misma batalla? ¿Cuántas veces se expatria solitario? ¿Cuántas veces va y viene por un mismo camino hasta abrir con sus plantas una ruta definitiva? ¿Qué guerrero en la historia —Alejandro, Julio César, el mismo Napoleón— comienza tantas veces la misma marcha? De Bolívar puede decirse que empuja a la historia y no se deja vencer por ella. Aun en sus momentos más álgidos —después de Puerto Cabello, por ejemplo, en Pativilca, en la desolación mendicante de Kingston— Bolívar regresa a la estabilidad anímica con la ponderada sabiduría de un profeta, ahí están para recordarlo los manifiestos de Cartagena y la Carta de Jamaica. La derrota, aún las vacilaciones de su propia personalidad, sus instantes débiles, se resuelven siempre en una apertura hacia el porvenir, en algo que no es la simple esperanza o el deseo, sino la ceja de luz, o más bien: una lámpara encendida en su mano. Vuelve a ser posible entonces la lucha, y comienza un aparecer de pueblos sin patrias que van surgiendo a su paso, y se quedan desde entonces en la historia. Esa búsqueda de una patria que lo fuera de verdad es acaso el sólo afán que no realiza. Y, por eso, porque el tiempo lo derrota en su esperanza, y quienes lo rodean, en su ambición, ha sido posible que después de un siglo Martí escribiera: "Lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy", y su voz que vigila: "porque Bolívar tiene que hacer en América todavía". La verdad está allí dicha, el resto es asunto nuestro...

Todo habría sido poco: su personalidad y la intensidad de su vida, si estas dos condiciones no hubiesen estado asistidas por la profundidad de su pensamiento político.

El hombre que decretó la guerra a muerte, y la guerra larga y de movimientos contra la guerra de posiciones propia de una gran potencia asentada sobre un gran poder de fuego, no sólo estaba revolucionando hasta nuestros días la insurgencia de los débiles contra los poderosos, sino que había encontrado una filosofía del espíritu y de la inteligencia en los propios materiales inflamables de su ideología política, y estaba renovando para el mundo el acervo de su incontestable poder. No ha pasado, es verdad, el guerrillero inmortal cuyo eco se renueva en Asia y Africa con discreto silencio. Ni se borran de nuestra mente los episodios históricos de "la guerra a muerte" porque miremos con hipócrita desvío su persistente insistencia en el presente. Todo eso es Bolívar, y su pensamiento político, su modo de actuar político. Pero las razones de su inteligencia penetran todavía más hondo. Son un reto a la falsedad del ambiente y un desafío a la inercia del presente. Si por algo estamos aquí reunidos esta noche es precisamente por eso: porque, como ha dicho Martí, "Bolívar tiene que hacer en América todavía".

Su pensamiento político. La sencillez de su pensamiento político. No hay más que oírlo sino una o dos veces para entender cómo era de clara su mente y de lúcida su ambición. Hablaba en profundidad, y nada de cuanto dijo fue momentáneo. Está aquí, hoy todavía lo podemos percibir con nuestras manos. Es más: hace falta hoy.

Habló en el Manifiesto de Cartagena de "las repúblicas aéreas" y de quienes presuponen "la perfectibilidad del linaje humano" y se refirió a "las elecciones populares hechas por los rústicos del campo, y por los intrigantes moradores de las ciudades" como obstáculos invencibles para la organización de un verdadero gobierno democrático en sus fines. Y en la Carta de Jamaica insiste en "que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales". Todo lo cual prueba desde un principio que la teoría de la dictadura no es en Bolívar un expediente circunstancial, o el doloso empeño en que se comprometa como artificio egoísta para defenderse de sus implacables enemigos. Es una regla maestra de sabiduría política. Una lección de buen gobierno. Sobre todo en las azarosas circunstancias en que le corresponde actuar. Bolívar pretende construir una sociedad nueva, un mundo mejor y distinto. Su ambición revolucionaria está cercada de enemigos por todas partes. Finalizada la guerra de independencia, cada quien pretende su parcela feudal, y el criollo imagina que sucede por directo derecho de representación al amo español. Los capitanes que hicieron la guerra siguen dando órdenes desde sus monturas. Y se olvida que hay un mundo por hacer, un continente que se despedaza en la autofagia. Las instituciones políticas importadas cubren la vergüenza epidérmica de los nuevos amos, pero no alcanzan a proteger debajo de sus vestiduras a la sociedad desarticulada y anárquica que consume su ruina en el inmovilismo de las ciudades y los campos. Bolívar comprende que la democracia no es el gobierno de todos sino el gobierno fuerte, y para todos. La libertad, "la sagrada" libertad que se invoca a través de los textos norteamericanos y franceses es un artificio de locuacidad a cuyo amparo comienza a prosperar el despotismo de una sociedad cerrada, y, además de eso, embustera, que le hace fraudes a la realidad. Desde entonces anda a tientas y caídas entre nosotros la democracia representativa y burguesa. Porque no se comprendió, primero, que esa forma política era una secuela del desarrollo económico y social de ciertos países en la época. Y, luego, porque se le ha venido manteniendo con habilidad y picardía como una suerte de armadillo intelectual contrario al país y sus intereses sociales.

Se inventó la democracia para no hacerla. Bolívar lo intuyó así, y propiciaba un gobierno de verdad por encima de las élites y del escándalo hecho —ese sí— con la previsión del porvenir, el fortalecimiento de la sociedad y la adustez de los valores morales. Lo llevaba en su cabeza desde Cartagena y Kingston, y volvió a proponerlo en la Constitución de Bolivia. Pero la independencia, hay que decirlo sin sonrojo, no fue —en verdad— una cátedra de filosofía política y justicia social, y en el momento preciso pudieron más las desvergüenzas, los empujones y alaridos de los mil héroes voraces de la guerra y sus seguidores. Otro sueño en la soledad de su mente que no se cumplía.

Queda pendiente la unidad de nuestro destino. La América de hispanoamérica en la fortaleza de su diálogo interno. La vela, el faro de Panamá, la fictionía de nuestro porvenir. Cómo la soberanía no es una palabra escrita en los textos sino una función diaria del devenir histórico. Y por qué nuestras

produce. Ningún continente estuvo nunca más cerca de las baronías medievales que el nuestro. Ni nadie supo tanto de la dispersión y el egoísmo individuales como nuestros caudillos recién desmontados de su paso por la guerra. Todo esto era un archipiélago de pequeños poderes, de verdaderos feudos empalizados en la discordia intestina. Se necesitaba de una gran visión universal para saltar por encima de este hecho, y emprender el lento trabajo de la unidad, y Bolívar tuvo todo eso, no como un sueño, conforme se afirma con frecuencia, sino como algo más directo y concreto: como una necesidad irrevocable de legítima defensa. El 13 de enero de 1815 ya había escrito: "Esta mitad del globo pertenece a quien Dios hizo nacer en su suelo". Luego lo sentía amenazado, propicio a la avidez extraña, indudable objeto de ambiciones foráneas. Al propio Maxwell Hyslop, después de plantearle las necesidades de la independencia en cuanto armas y municiones, se anticipaba a señalar con clara conciencia del porvenir: "... he aquí cuanto se necesita para dar libertad a la mitad del mundo y poner al universo en equilibrio". Lo que trata de crear es la conciencia política, unitaria, del hemisferio, pero una conciencia en guardia encaminada a asegurar el "equilibrio" del universo. Por eso no tiene antecedentes precisos su pensamiento político, y busca y tantea tantas veces en medio de contradicciones innegables, desajustes, y aun sorprendentes faltas de tono. Sin embargo, una cosa ve clara, y ni lo hace temblar ni lo asusta el diagnóstico preciso: su incancelable repudio a una democracia de máscaras, a unas instituciones prestadas, que debilitan el ejercicio del poder y lo desvían de sus objetivos nacionales para comprometer, a la vez, la independencia y la libertad a nombre de sus propios principios. Si algo hay en Bolívar que conmueva es su búsqueda de un estado que se parezca a la nación, y de un gobierno que lo realice con lealtad. Pretendió encontrarlo saltando por encima de las barreras geográficas; ejerciendo el gobierno fuerte y con autoridad; preservando la independencia contra la demagogia de la libertad, y demostrando que ésta no es una palabra sino la resultante de unos hechos; y, por fin, señalando el peligro que emergía de afuera como consecuencia del imperio político y económico de las grandes potencias europeas y el naciente poder de los Estados Unidos de Norteamérica. Lejano y difuso todo esto entonces, por ausencia de un querer social o colectivo, y hoy mismo una advertencia que los hechos reafirman pero la tortuosidad política no deja aprehender.

La independencia de hispanoamérica obligaba al resto del mundo a volver sus miradas hacia este continente. No sólo la gloria de Bolívar, festejada en Europa y Norteamérica con entusiasmo y explicable snobismo. Mucho más, desde luego, lo que hispanoamérica podía significar en la balanza del mundo como posibilidad de explotación económica o como mercado potencial que cambia de amo. A la vez, si todo estaba y no estaba decidido para siempre en la política mundial, y Napoleón era un fantasma recalcitrante, y España no se acostumbraba a su dolor, y la Santa Alianza tenía esa santidad falaz con que solía adornarse la más fina diplomacia, había que esperar —necesariamente— que de ese mundo convulso,

sin forma precisa, ni palabra empeñada seriamente, saliera de pronto la sorpresa de una indecisión o la tempestuosa fórmula de un ataque inesperado. Por eso, precisamente, se ha dicho que la historia es sabia, por eso y porque no se contradice...

Inglaterra buscaba en los Estados Unidos el aliado secreto que descontase a la Santa Alianza: Rusia, Austria, Francia, Prusia, la inminencia de sus ambiciones imperiales, mientras el Príncipe de Metternich seguía cobrando las victorias alcanzadas en el congreso de Viena. Canning presionaba a través del embajador americano en Londres a Monroe y Adams. Y al silencio de las indecisiones siguió, de pronto, una transacción entre Inglaterra y los Estados Unidos para detener las pretensiones de los Hijos de San Luis, que en Francia desbordaban el poder tradicional y amenazaban con retrotraer el equilibrio del mundo a su predominio individual. De todo esto surge la llamada doctrina Monroe. Lo importante, sin embargo, no son los episodios que conducen a ella, sino su significado histórico y sus consecuencias inmediatas dentro de nuestro propio hemisferio. Si esa advertencia a Europa nos defendía de la Santa Alianza o de la posible reconquista española, o, si por el contrario, dejaba abierta para el porvenir la posibilidad de un peligro mucho más cercano e inminente. Si la doctrina se proclamaba para defender a hispanoamérica de las ambiciones de las potencias europeas, o para asegurar una zona de influencia exclusiva a los Estados Unidos de Norteamérica. Importa la aclaración de esta disyuntiva, no porque históricamente pueda haber alguna duda al respecto, sino como demostración de las previsiones y alcances de la política internacional proclamada por Bolívar en su época, tan incomprendida y desvirtuada por los dirigentes políticos que le rodeaban.

Inglaterra pretendía sacar las castañas por manos ajenas. Después de la invasión francesa a España (1822) para restablecer a Fernando VII en el trono, Canning usaba el conducto de Richard Rush, ministro estadinense en Londres, con el propósito de propiciar una declaración conjunta de las dos potencias en torno al dominio de las antiguas colonias españolas. Aquella insinuación de Londres abría las compuertas de la ambición norteamericana, aguzada por la inminencia del peligro que se cernía sobre sus perspectivas imperiales. Alguien pretendía atravesarsele del otro lado de sus costas. Silenciosamente Monroe consulta a la más alta jerarquía de sus arquetipos políticos. Son llamados en su consejo Jefferson, Madison y Adams. Nada es sorprendente desde el punto de vista político ni abusivo, pero tiene la cruda realidad de la concepción imperial del estado y el poder. Porque, es necesario decirlo sin vanas exultaciones de moralidad, la política imperial o colonialista es una etapa congruente y natural de la historia, que nace de unos hechos ciertos y dados, de un grado definido de la evolución social, y que no obedece, ni con mucho, a la maldad individual de unos hombres o de un hombre. No es, tampoco, un proceso clínico de la sociedad, sino una etapa más en su desarrollo, controvertida y dura, e inevitable en su momento histórico, de la misma manera que

resulta inevitable que el tiburón se trague las sardinas mientras las sardinas no crezcan. Un aristócrata de nacimiento, un virginiano como Jefferson, que había dicho en alguna ocasión una frase como ésta: "He jurado ante el altar de Dios una hostilidad eterna a toda forma de tiranía que oprima el espíritu del hombre...", no se creyó, sin embargo, en la obligación de una venia para incurrir en el perjurio. En su mismo lenguaje bíblico, cercano al temor de Dios, pero ausente de su conciencia, no vaciló en contestar al presidente Monroe con las siguientes palabras: "Tenemos que preguntarnos, primeramente, si deseamos adquirir, para nuestra confederación, alguna o algunas de las provincias españolas. Confieso ingenuamente —agregaba— que siempre he considerado a Cuba como la adición más interesante de nuestro sistema de estados federales. El dominio que esta isla, junto con la punta de la Florida, nos daría sobre el Golfo de México y los países e istmos que lo limitan, lo mismo que sobre todas las aguas que en él desembocan, llenaría la medida de nuestro bienestar"¹

En estas pocas palabras está contenida la esencia y está el espíritu de la doctrina Monroe. Cuanto viene después son los desarrollos naturales de sus alcances políticos, y de ninguna manera actos imprevisibles o sorprendidos. Lo que vale la pena anotar como hecho histórico, ese sí sorprendente, es que Bolívar se hubiese adelantado en el tiempo a esa perspectiva, y ya desde 1815 proclamase la indispensable urgencia de nuestra unidad.

Pues bien, aquella socorrida frase "América para los americanos", no es una voz de compañía, sino una advertencia del lobo. Y la doctrina Monroe, desde el punto de vista del Derecho Internacional, proclama unilateralmente, ya sin concierto previo entre las grandes potencias, conforme era de usanza, y siguió siéndolo, una vasta zona de influencia —todo el hemisferio americano— como coto de caza exclusivo de un solo país del mundo: los Estados Unidos, y el Canadá y las Guayanas vinieron a ser excepciones sin importancia. Cuando la doctrina es proclamada en 1823, con motivo de un incidente sin mayor importancia, ya nadie puede llamarse a engaño. "La sinceridad y relaciones amistosas que existen entre los Estados Unidos y las potencias europeas, —dice el presidente Monroe— nos obligan a declarar que consideraríamos peligroso para nuestra paz y seguridad cualquier tentativa de parte de ellos que tenga por objeto extender su sistema a una porción de este Hemisferio, sea la que fuere". Basta repetir: "... nos obligan a declarar que consideraríamos peligroso para nuestra paz y seguridad...". La "paz" y la "seguridad" de los Estados Unidos, no la del hemisferio. De dónde sacaron nuestros próceres de la diplomacia enfermiza que la doctrina Monroe nos "defendía" a nosotros? Probablemente de su propia debilidad...

(1) Indalecio Liévano Aguirre, "Bolivarismo y Monroísmo", Revista "Esquina". Bogotá, Enero de 1968, págs. 43 y s.

Así llegaba a su fin, lógico y natural, "político", y no perverso, a larga y contradictoria lucha entre Inglaterra y los Estados Unidos por el predominio de hispanoamérica. Una lucha que estuvo envuelta, a veces, en los términos de monarquía y república, pero que jamás fue ajena a las palabras "mercados" y "colonias". ¿Entendió eso Bolívar? Probablemente sí; la historia nos dice que sí.

Hay algo en Bolívar, insistente, que es ya, en sí mismo, un nuevo mundo: su naturaleza propia, criolla, no parecida a nadie. Su concepción de la libertad, su ambición de soberanía. Bolívar no quiere estar atado a nadie; intrínsecamente no está atado a nadie. Pese a ser los Estados Unidos en ese momento la más vasta posibilidad democrática del universo, Bolívar sabe perfectamente que no debe atarnos a su carro. Busca, en cambio, una liga de fortalecimiento interno que nos de la indispensable audiencia en el mundo y nos haga respetar por su fuerza. No trató nunca, jamás, de identificar nuestra suerte, nuestra libertad, pero ni siquiera nuestros principios políticos, pese a los insalvables puntos de contacto, con la suerte de nuestro poderoso vecino. En pocas palabras: prefirió siempre la soberanía a la posibilidad de acogerse a la sombra. En cuanto tiene su pensamiento de extranjerizante, las citas son griegas y latinas —más para presumir erudición ante unos soldados bárbaros y sus jefes que por identificación ideológica—, o de Montesquieu o de Rousseau y los enciclopedistas, pero en absoluto de Washington o de Jefferson, que son los próceres inmediatos a quienes pudo haber acudido en busca de tutela. Bolívar es un receloso de soberanía. Un ser aislado, en una soledad que individualiza, y que, por tanto, abre en el campo internacional la posibilidad del trato a nivel, la igualdad y el diálogo.

La unidad del continente está ya en el manifiesto de Cartagena. El Congreso Anfictionico de Panamá es su natural consecuencia, y va saliendo de su pluma en la Carta de Jamaica de 1815. Bolívar insiste en su tesis a través del Continente, lo repite en sus documentos públicos, lo va sembrando en sus proclamas. No la obsesión política, sino la clarividencia de quien ve más lejos.

En 1821 ha enviado a México a Miguel Santa María, y a Joaquín Mosquera a Lima, Santiago y Buenos Aires. Las emulaciones continentales, los riesgos propios de la política interna, la inestabilidad de los gobiernos, las distancias, indudablemente la ocupación diaria de la guerra, van retardando su proyecto. Lo que tiene en la cabeza es una alianza para oponer a la formada "en Europa contra la libertad de los pueblos". En Lima se firma el tratado con Monteagudo con este propósito preciso: "... para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres, en cuanto lo permitan las circunstancias, su independencia (la de los países hispanoamericanos) de la nación española y de cualquier otra dominación extranjera". Cuando tiene ya la independencia en sus manos, y ve próxima la batalla

final, el 7 de diciembre de 1824, dos días antes de la batalla de Ayacucho, y un año después de lanzada al mundo la doctrina Monroe, Bolívar envía a los diferentes gobiernos de hispanoamérica su célebre circular de convocatoria del Congreso de Panamá. Va a cerrar, así, la etapa de nuestra independencia de España en busca de nuestra soberanía.

Las instrucciones de Bolívar son precisas, tajantes: "Después de quince años consagrados a la libertad de América —escribe— por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro destino, es ya tiempo de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos". Su interés son las repúblicas hispanoamericanas, y su objetivo la solidez de sus gobiernos. Esta circunstancia excluía, naturalmente, del pacto propuesto a los Estados Unidos. Exclusión que se entiende históricamente si acudimos a la célebre frase contenida en una carta suya al ministro inglés Cambell: "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar a la América de miserias a nombre de la Libertad". Recordemos en este momento la actitud de Jefferson, su palabra, su gesto, y veremos que Bolívar iba bien encaminado. Pero el vicepresidente Santander no entendió así las cosas, ni se consumía, al parecer, ardido por el mismo fuego. En su nota de contestación, tres meses después, le hace la siguiente advertencia: "Con respecto a los Estados Unidos, he creído conveniente invitarlos a la augusta Asamblea de Panamá, en la firme convicción de que nuestros íntimos aliados no dejarán de ver con satisfacción el tomar parte en sus deliberaciones de un interés común a unos amigos tan sinceros e ilustrados. Las instrucciones que con ese motivo se han transmitido a nuestro Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Washington, de que acompaño copia, os impondrán extensamente de los principios que me han estimulado a tomar esta resolución". De modo que el vicepresidente no sólo disiente del pensamiento bolivariano con relación a los Estados Unidos, sino que al contestarle le entrega un hecho nuevo, irreversible: la invitación ya cursada a ese país para que participe en la reunión. Además, en su momento, el general Santander festejó la doctrina Monroe llamándola "consoladora del género humano". Bolívar le contraatacaba en una carta diciéndole: "... jamás seré de opinión de que convidemos a los Estados Unidos para nuestros arreglos americanos". Desde entonces comenzó la infiltración panamericana entre nosotros, vale decir: colonialista, hasta el punto de que otro santanderista integral, el doctor Florentino González, como procurador general de la nación, en 1858, propuso al Congreso nacional "la incorporación de los estados granadinos a la Unión Americana con las mismas condiciones de los demás estados que ahora la forman", según decía.

Recordaba Bolívar, más adelante, la invitación cursada por él a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires, en 1822, con el fin de formar una confederación o asamblea que "sirviese de consejo en los

grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos cuando ocurriesen dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias". Urge la reunión inmediata de esa asamblea. Propone a Panamá para ese "augusto destino, colocado, como está en el centro del globo". Y escribe, finalmente, desbordado de optimismo: "El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazarán la marcha de nuestras relaciones con el universo. Qué será entonces del Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?". Todo señalando los trazos precisos de un nuevo derecho internacional: el de la paz, la igualdad y la justicia. Pero más en el fondo la solidaridad del continente, su unidad política hacia el porvenir. No necesariamente el gobierno unitario, como algunos suponen, sino el del entendimiento, la cercanía y la fuerza común, abroquelada e inconquistable. Una nueva visión de la historia. La barrera natural contra la conquista de todo poder fó-ráneo. El tercer coloso del mundo.

En las instrucciones que entrega a los delegados del Perú se encuentra en profundidad su pensamiento. Orienta allí en el sentido de que "se renueve el gran pacto de unión, liga y confederación perpetua contra la España, y contra la dominación de cualquiera otra potencia". Aconseja la elaboración de un manifiesto "desenvolviendo las miras mezquinas" de España, de un lado, y, de otro, el sistema político que la reunión aspiraba a "seguir con respecto a las potencias del mundo: el de amistad y una estricta neutralidad con todas". Procuraba la creación de un sistema colectivo de defensa hasta entonces no conocido, cuando decía: "procurarán USS celebrar un tratado por el cual queden unidos en estrecha alianza, ofensiva y defensiva, todos los nuevos estados americanos que tengan parte en el Congreso, determinando el contingente de fuerzas de mar y tierra y los demás auxilios con que cada uno debiera contribuir en ayuda del estado invadido". Señalaba la necesidad del bloqueo bélico y económico contra los agresores del hemisferio cuando afirmaba: "... sería conveniente no permitir en ningún punto de los que están en guerra con España el comercio con ella, ni aún por vías indirectas, declarando al efecto, confiscables los productos del suelo y de la industria española y los buques que los condujesen, bajo cualquiera: bandera que fuese: impedir que volviesen a América los españoles que han emigrado durante el curso de la revolución hasta que se celebre la paz: mantener en secuestro las propiedades de estos mismos emigrados, por el mismo término: fomentar por todos los medios posibles los corsarios que obstruyesen del todo la comunidad y comercio español: ponerle a la España como *conditio sine qua non* para la paz o tratados de comercio el reconocimiento solemne de la independencia de todos los estados americanos, comprometiéndose éstos a no admitir el reconocimiento parcial de la independencia". Si

hay al respecto en la historia una política de pueblos, de patrias o naciones, delineada dentro de más precisos moldes de autoridad, y conservando en forma más definida un estado nuevo y revolucionario, no aventajaría en solidez, recursos de la inteligencia, y formas materiales de defensa efectiva, al sistema ideado por Bolívar. Es la paz armada, y la vigilancia ideológica, y, al propio tiempo, la garantía de que cada palabra escrita se asienta en la historia sobre la seriedad política de la fuerza.

Ambicionaba dos realidades más: la providencia necesaria para impedir el tráfico de esclavos en el hemisferio, y que una vez "ratificados por los respectivos gobiernos los tratados que se celebren por el Gran Congreso federal de los Estados americanos, USS. harán por su parte que estos tratados se declaren el Código de derecho público americano, obligatorio a todos los Estados que han tenido parte en el expresado Congreso". Lo primero se explica obviamente. Lo segundo es la resultante, una vez más y en otro campo de la vida política, de una arraigada convicción de Bolívar sobre la naturaleza individual y estirpe aparte de nuestro derecho. Así como lo quería propio, y producto del querer social en el aspecto de la política interna, y tanteaba en su búsqueda, suyo era también el convencimiento de que el viejo derecho internacional europeo, producto de un afán de expansión y norma acomodaticia del colonialismo, no debía ser aplicado dentro de nuestras fronteras ni acogido en justicia para definir nuestros conflictos. Si se le hubiera oído a tiempo, estaríamos ahorrándonos en el continente los enfrentamientos que nos preocupan, y no remitiríamos nuestras discusiones, como ahora, a la anacrónica verba que las espesa y enreda.

Hay un lunar, sin embargo, un punto impreciso, oculto, o de sombras, en el proceso que lo lleva a la culminación de su ideal hispanoamericano. Ha venido forjando nuestra independencia. Ha batallado por nuestra unidad. Ha hablado, inclusive, de liberar con nuestros soldados a Cuba y Puerto Rico. Ha pensado seriamente en eso, y ha señalado al Mariscal Sucre para llevar a cabo la empresa. Y en el pliego de instrucciones a los delegados del Perú ha proclamado la siguiente norma: "Si el Congreso, consultando los verdaderos intereses de los pueblos que representa creyere conveniente libertarlas, celebrarán un tratado en el cual se señalen las fuerzas de mar y tierra y las cantidades con que cada estado de América debe contribuir para esta importante operación, y en la cual se decida si dichas islas o alguna de ellas separadamente, se agregan a algunos de los Estados confederados o se les deja en libertad de darse el Gobierno que tengan por conveniente". Acto seguido la sorpresiva hipótesis: "Si se resolviere que las islas de Puerto Rico y Cuba se agreguen a alguno de los Estados Unidos, etc., etc.". Se conocía ya el espíritu de la doctrina Monroe. Jefferson había untado de palabras sacramentales el primer vagido del "destino manifiesto", y la indelicada audacia de Santander había abierto a los Estados Unidos las puertas del Congreso. Por qué, entonces, procede Bolívar en sentido contrario a sus objetivos, y plantea el desmonte de

su doctrina? Temor a la reconquista? Probablemente no, porque la Santa Alianza y España no estaban en capacidad inmediata de realizarla, ni era de su interés en ese momento. O se trataba de un simple halago diplomático a los Estados Unidos para mantenerlos alejados del resto del hemisferio? Pero por qué? Bolívar sabía muy bien que su política no era grata a los Estados Unidos. Nuestros intereses eran opuestos y contrarios. La fisonomía de nuestros pueblos distintas. Su amigo el oficial inglés Bedford H. Wilson le ha prevenido sobre todo esto, y refiriéndose a los Estados Unidos le ha dicho: "Siguiendo su costumbre y aparentando profesar siempre el liberalismo y el mayor desinterés, este gobierno encarga a sus agentes el oficio de extender por todas las repúblicas el gérmen fecundo de la discordia e impedir lo que él llama el despotismo, es decir: la libertad práctica... no es otro el origen de la tacción yorkina de Méjico... De ahí también la animosidad contra V.E. considerado como el protector de la independencia en toda la América del Sur". Y para confirmar lo anterior una nueva carta donde expresa: "... No he encontrado un sólo norteamericano que hable bien de V.E.: los documentos públicos que circulan del uno al otro extremo de los Estados Unidos sólo hacen calumniar y denigrar los actos y la reputación de V.E. y de Colombia". Buscaba Bolívar el aminoramiento de esa presión? Acudía a un recurso maquiavélico de la estrategia política? Misterio. En todo caso, el interés determinante de los Estados Unidos en perturbar la política del continente se expresa más tarde, cuando un soldado como William Henry Harrison, un hombre que había derrotado a los indios de Tippacanoe, y que habría de ser elegido como noveno presidente de los Estados Unidos, en 1841, es nombrado ministro de Washington en Bogotá, y debe ser expulsado del país por su ostensible intervención en la política interna.

El Congreso de Panamá fracasa. Sus deliberaciones se diluyen en insulsas declaraciones. El continente se va resquebrajando. Aparecen, de nuevo, las baronías medioevales. Venezuela sigue detrás de la montura de Páez. Los próceres civiles engañan a Colombia con sus leyes. Ecuador prolonga su fastidio bajo el mando discrecional y sin norte de Juan José Flóres. El Perú se enreda, otra vez, en los artilugios desleales de una diplomacia colonial. Cunde la discordia en México, en Argentina, en Chile. Y crece la sombra de los Estados Unidos. Cambian los términos de la política internacional, y latinoamérica, hispanoamérica, sigue descansando sobre la irrealidad de un sueño: el sueño de Bolívar.

¿Qué queda detrás de todo esto?

La palabra elusiva. El gesto que se va. Inclusive la amargura del hombre que siente y ve cómo un ideal tan obvio, y tan preciso, una noción de patria integral tan viril, y, además, tan necesaria, decoran la desvergüenza de quienes hicieron de nuestra independencia un regreso al colonialismo, y algo que Bolívar no pudo intuir, ocupado como estaba en hacer la guerra:

esa capacidad tan de la moda para hacer de la cobardía un título que acredite
mando y prestancia.

En verdad Bolívar es nuestra única tradición.

La del orgullo nacional.

La que nos ordena pelear.

Ojalá un nuevo aniversario de este Congreso de Panamá nos encuentre
obedeciendo su orden. Peleando. Porque no hay más nada qué hacer: pelear!

EL DECRETO DE GUERRA A MUERTE

A Bolívar hay que buscarlo más allá de la historia.

En su "yo" político.

Como concepto del estado y ejecutor de sus fines.

En tal sentido es un creador, y todo creador destruye.

Lo que tiene por delante es la guerra, una guerra de verdad. Otros, es cierto, combaten; pero no precisan el límite en el horizonte, y tal vez ni, siquiera tienen horizonte. En Bolívar la espada es un medio, una herramienta; lo fundamental y exacto es su pensamiento, la carnadura del "ser" que se rebela desde adentro. Sabe de antemano, por eso, que está en la naturaleza de las cosas el parto sangriento de la historia, para decirlo con la idea fecunda de Mariátegui. El suyo es el "ser" de la historia, la guerra de los contrarios, y luego una síntesis, la síntesis de la Patria, es decir: la vasta soledad del grupo humano que se individualiza, y que por el hecho de crear una personalidad propia puede discurrir sin miedo en medio del asecho del universo. Todo lo cual conforma el ejercicio tenso de la guerra: la vida o la muerte. Y como los pueblos no pueden morir, y lo natural es que tampoco quieran morir: el derecho a defenderse matando

No busco la justificación ética de Bolívar, porque toda categoría ética resulta un valor entendido desde el punto de vista histórico. Ni trabajo, tampoco, bajo el temor en guardia de la conciencia individual. La voluntad de la historia es una voluntad brutal, una razón de fuerza, guiada —desde luego— por la luz del instinto, pero ajena en su paso y consecuencias a la piedad de los hombres. La historia no perdona; crea.

Maquiavelo había escrito: si triunfas eres un héroe; si te derrotan; un delincuente. La razón de la guerra es la victoria, así como el objetivo de la política es el poder. Todo lo demás es debilidad, transacción, entrega, sin la menor duda: cobardía.

Pero, además, hay algo más violento que una idea? De dónde han sacado que en política las ideas se complementan y que es posible pactar el derecho a la libertad? Toda síntesis histórica se produce después de una victoria, pero no es posible transar sobre la necesidad de la victoria. Los tratados de paz los impone el vencedor, y de ahí en adelante el equilibrio social es el producto natural de un acto de autoridad del estado nuevo que crea una nueva razón. La historia no se integra a través de concesiones sino de actos de violencia. Su síntesis, en fin, no viene a ser en último término más que el olvido de sus muertos. Si miramos con atención el proceso de la cultura en el mundo, inclusive el del pensamiento filosófico aislado, o aséptico, encontraremos que la humanidad ha destruído y devorado muchos más conceptos que los que conserva y sobreviven. Todo esto no constituye un canto a la muerte, sino el amor a la vida, a una vida nueva. El proceso geológico de la independencia era también un proceso ígneo que cuarteaba desde adentro la entraña de la historia. Venía envuelto en sangre...

Bolívar creaba un pueblo, buscaba una patria.

Puede haber, acaso, en la historia un acto comparable a ese?

Entonces, para qué hablar de exceso? El exceso es una medida aritmética incompatible con la noción histórica de Patria.

Había regresado en derrota a Cartagena. Labatut lo confinó a Barrancas como si fuese un exiliado impertinente. De allí arranca hacia la posteridad: la gesta caliginosa del Magdalena, Cúcuta, Mérida y Trujillo. La guerra y el amor: Anita Lenoit, Josefina Machado.

La guerra se ha convertido ya en una caldera del diablo. Se pelea a la española de lado y lado. Como en la conquista, como durante la invasión de los árabes, el honor va en la punta de los cuchillos. Un contrabandista conmutado, antiguo oficial de marina: Boves, es un nuevo Atila que no conoce la dádiva del perdón ni la generosidad. Cervériz, Zuezo, Fray Eusebio del Coronil ignoran el derecho de gentes, decapitan, violan sin discriminación ni juicio. La república —lo que quiere ser la "república"— tiene también sus vándalos: Bermúdez, Mariño, el bizco Arismendi. Todos se pagan con la misma moneda.

Es en Trujillo, el 15 de junio de 1813, donde Bolívar dicta su decreto de guerra a muerte.

Los españoles habían desatado la llamada "guerra de clases". Monteverde soliviantaba a los negros —libres y esclavos— y a los "pardos", y los enfrentaba a los mantuanos, que habían venido detentando la preeminencia en Venezuela. Es una lucha de clases que se queda en el color de la piel, que no busca una nivelación económica y social, sino que apenas sirve de martillo al poder imperial para amedrentar y someter a su dominio al blanco insurrecto. Pero esa lucha es la devastación, su misma falta de contenido ideológico la hace irrefrenable, torva, fuera de toda posibilidad

de manejo: es una furia desencadenada que cobra réditos de sumisión en cabeza de los blancos levantados contra España. Porque la revolución contra España no se va haciendo como un concurso de pueblo, y una noción americana y clara del poder que nace, sino como el enfrentamiento del criollo al español, casi, casi, como una guerra civil, en busca de una nacionalidad, es verdad, pero —sobre todo— para desmontar la discriminación interna de que se hace víctima al criollo en el plano político, económico y social. Como sucede siempre, los hechos, la tosudez de los hechos, van agregando a la lucha nuevos estímulos en la medida de su suceso.

La independencia la dirigía la nobleza territorial criolla, y a ese sector social enfrentaron los propios peninsulares sus esclavos negros, sus libertos, sus "pardos", como llaman en Venezuela. Carlos Irazabal puntualiza el hecho en su libro "Hacia la Democracia", cuando dice: "En América Hispana, la clase dueña de la tierra, propietaria de los grandes latifundios, hizo suya la teoría revolucionaria de la burguesía. La vialidad de esa teoría depende en gran parte de la democratización del derecho de propiedad territorial, de la destrucción del latifundio, de la modificación radical de la economía sobre la cual basaban su fuerza los criollos nobles. Por eso la trayectoria de nuestra revolución de Independencia hubo de ser tan distinta a la revolución burguesa en Europa, no obstante sus contenidos ideológicos análogos. En Inglaterra, en Francia, sobre todo en la última, —agrega— dado el violento carácter de la revolución, la burguesía atacó al feudalismo, lo golpeó especialmente en su punto vital: en su base económica. Arremetió contra la propiedad feudal para sustituirla por la propiedad plebeya. Los grandes latifundios de la Iglesia y de la nobleza se vendieron a los burgueses y a los campesinos. En América, por el contrario, el régimen de la gran propiedad territorial no sufrió modificaciones sustanciales. Aquí no había industrias, ni acumulación de capital; no había burguesía revolucionaria. De allí, que por circunstancias económicas e históricas, la nobleza criolla adoptó una ideología que no era suya; una ideología que para triunfar requería la destrucción de la base económica de la clase que la proclamaba. Jugó esa clase un papel revolucionario a pesar de su estirpe feudal, debido a que estaba excluida del poder político y para conquistarlo había que insurgir violentamente contra España". Está bien: nuestra guerra de independencia no fue igual a otros procesos revolucionarios, el francés o el norteamericano, por ejemplo. Precisamente por eso nos equivocamos en la adopción de nuestras instituciones políticas, y no hemos terminado por acomodarnos al sistema de la democracia representativa y burguesa. A la confusión del momento, la devastación humana de las circunstancias, los vaivenes de una lucha a ras de suelo, había que agregar la indecisión e indisciplina propias. Bolívar debía combatir los mil tentáculos de una guerra primitiva e insaciable, alimentada por un odio de clase que no reconocía ninguna clase, y que en último término beneficiaba políticamente a España. La verdad es que la independencia tenía su más temible enemigo, su quinta columna, en el castro interno, dentro de la propia casa. Así tomó forma la teoría re-

volucionaria de la guerra a muerte, que está ya, larvada, sin embargo, en los manifiestos de Cartagena, y que es anterior en el tiempo, y precursora, de cuantos movimientos revolucionarios se hayan producido en el mundo. Antes que Asia y Africa, está Bolívar en nosotros.

Ya en el segundo manifiesto de Cartagena está en agraz la teoría de la guerra implacable, de la justicia armada. Basta recordarlo: "De aquí nacio —decía— la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos, y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos, los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país para tenerlo incesantemente inquieto y promover cuantas conjuraciones les permitían nuestros jueces, perdonándolos siempre, aún cuando sus atentados eran tan enormes que se dirigían contra la salud pública". "La doctrina que apoyaba esta conducta —agregaba— tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores que defienden la no residencia de la facultad en nadie, para privar de la vida a un hombre, aún en el caso de haber delinquido éste en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar; porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. Clemencia criminal que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente concluído". Es bueno puntualizar, primero, algunos conceptos políticos, que ya, desde entonces, pertenecen al acervo ideológico de Bolívar, y no son un hallazgo improvisado de la mente sino la resultante de su enfrentamiento con la realidad. Habla, por ejemplo, de delitos contra el estado, concepto que encierra una modalidad nueva, un enfrentamiento del hombre individual al ser social, una oposición entre el individuo como tal y el pro común. Señala, asimismo, que esos delitos atentan "contra la salud pública", y enlaza el anterior concepto con los principios revolucionarios de la época del terror para dar al estado una prevalencia inmanente sobre cualquier "máxima filantrópica". Ironiza contra los "gobiernos liberales" que se distinguen por su clemencia, y deja establecido su claro pensamiento sobre la real autoridad del estado. Hay un concepto nuevo del poder, de un poder hecho para la creación, del poder revolucionario que pone fin a una época y hace despertar otra. El objetivo táctico se concentra en un hecho bélico mucho más allá de las palabras. Unos son "los españoles europeos" y otros los que luchan por la independencia. Por eso en el decreto de guerra a muerte vamos a ver cómo el castigo y el perdón se excluyen y acuerdan en la medida en que el "español" se halle de éste o del otro lado. La necesidad de la intransigencia guerrera está ya aquí, en el segundo manifiesto de Cartagena, los acontecimientos de Trujillo no hacen más que acelerar un proceso mental que venía evolucionando desde 1812. Para Bolívar, indudablemente, la guerra es una totalización ideológica.

El decreto de guerra a muerte lleva la firma de Simón Bolívar, "Brigadier de la Unión, General en Jefe del Ejército del Norte, Libertador

de Venezuela", y tiene la forma escueta, simple, directa, drástica, de un parte de guerra, es una orden tajante. Políticamente parte en dos el momento de la guerra. Cambia en adelante el aspecto de vaivén que tiene la guerra, no se puede jugar al cambio de casaca y de partido, se da y se recibe, y quedan delimitados, para siempre, dos campos: América y España. La guerra de independencia deja de ser una guerra civil y se convierte en una verdadera guerra de liberación nacional.

El decreto comienza afirmando que se está allí para "destruir a los españoles" y para "proteger a los americanos", que es la esencia de toda guerra, el hecho guerrero como circunstancia histórica. Luego las voces de mando. "Tocados de vuestros infortunios, —dice Bolívar— no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles, que os han aniquilado con la rapiña y os han destruído con la muerte; que han violado los sagrados derechos de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación. Así, pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre; que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia y mostrar a las naciones del Universo que no se ofende impunemente a los hijos de América". Repitamos: "la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla". Pero no es aquí la "justicia" una categoría ética sino una circunstancia bélica, pagar el agravio en la misma forma en que se recibe. Y, por encima de todo eso, la razón imponderable de la "necesidad". Más allá: el destino unitario de hispanoamérica, no sólo Venezuela, la tierra que lo vió nacer, sino "los hijos de América". De manera que mientras dicta el decreto, y se suceden los enfrentamientos, y la causa de la independencia corre alterna fortuna, para bien y para mal, Bolívar va modelando el destino comunitario del hemisferio que intenta liberar. La guerra es una causa común, una filosofía política y una identificación espiritual. Por eso, pese a sus adversidades puede recomenzar siempre, habrá siempre una manera de rehacerse, una nueva oportunidad. La llama no se extingue; se enciende en otro sitio cada vez que se ha apagado.

"Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, —advierte— será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas; a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservarán en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra y magistrados civiles que

proclaman el Gobierno de Venezuela y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al Estado serán reputados y tratados como americanos". La disyuntiva insalvable. El maniqueísmo. Blanco o negro. Una guerra de religión con la patria como religión. ¿Por qué? Desde el terremoto de Caracas el clero ha sido obsesivo y pertinaz en su cuadro de sombras, y en sus calificativos infernales, contra los líderes de la independencia. Pues bien, Bolívar quiere contrarrestar esta acción, y sabe que para conseguirlo hay que amedrentar. Habla de los "bárbaros" españoles, de la rapiña, y de la muerte, de cómo se han violado "sagrados" derechos de las gentes, se han infringido "capitulaciones" y "tratados" solemnes, para invocar —finalmente— la "justa causa" que defiende. La dureza de su pensamiento y lo infranqueable de su decisión revolucionaria no admiten transacciones ni medias tintas. De manera que la solidaridad que exige es una solidaridad activa, bélica, que se confunda en un todo con el esfuerzo común en favor de la independencia. Quiere un pueblo en armas. El apoyo logístico mientras las guerrillas crecen, desaparecen, huyen y regresan. Hay una concepción "total" de la guerra de liberación, desafiante, de participación inmediata. Y todo aquello como un reactivo ideológico y anímico para colocar de éste o del otro lado de la barricada a los posibles contrincantes sin los temores de la sospecha, la deslealtad o la traición. Por fin: un título de honor: "los españoles que hagan señalados servicios al Estado serán reputados y tratados como americanos". El mundo viejo que desaparece y la nueva patria que nace. La idea alienta sola, pero no es posible inflamarla sin el combustible de la guerra. Bolívar sabe perfectamente que debe partir en dos la historia, que su compromiso no es un acto político individual, sino la continuación en el tiempo y el espacio del arduo y contradictorio proceso social. En tal sentido, Bolívar es un profeta, un profeta armado, porque conduce, a la vez, el ideal, las formas implícitas del devenir histórico, y las herramientas indispensables para la victoria. Tiene, así, el romanticismo cauteloso de todo verdadero revolucionario, vale decir: la meta por alcanzar, que es el ideal, y los medios para conquistarla, que son las armas. La guerra. O lo que es lo mismo: la muerte. Es Bolívar un ser agónico, que padece el constante morir. Unamuno lo hermanaba a Cristo y Don Quijote, personalidades, ambas, hechas para el padecer caminando. Por eso no teme los extremos de la guerra; los urge.

Pero la guerra es también un proceso de integración nacional. Una búsqueda. La sola idea no es suficiente. Es preciso crear un pueblo. El decreto de guerra a muerte lo prevé. "Y vosotros americanos —dice— que el error o la perfidia os han extraviado de la senda de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos, en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables y que sólo la ceguera e ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes, han podido inducirlos a ello. No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una inmunidad absoluta en vuestro

honor, vida y propiedades; el sólo título de Americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos". La nominación entre criollos y españoles, la presunta guerra civil entre hermanos, va siendo superada en Bolívar por una verdadera gesta de independencia, y caben allí el llanero, el negro liberto, el pardo, el mulato, el zambo. Una nueva América. La de un continente por hacer.

Finalmente, la síntesis: "Españoles y canarios, contad con la muerte, aún siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad, contad con la vida, aun cuando seáis culpables". Bolívar es el precursor de una nueva necesidad revolucionaria. El precursor y el realizador primero en el tiempo de esa necesidad. Lo que dijo y lo que hizo, han sido dicho y hecho después por los revolucionarios de nuestro tiempo. La suya es una enseñanza que viene de atrás, de la historia, y que nos alcanza como una tradición viva y nuestra. Cuanto hacen hoy los pueblos asiáticos y africanos, ya había sido creado por Bolívar como producto de su enfrentamiento a los hechos. Es esa nuestra tradición histórica y guerrera. Y a ella habrá que volver cada vez que queramos ser libres de verdad, sin necesidad de enmiendas extranjeras, soluciones importadas o contraprestaciones ideológicas. Una de las grandes lecciones de Bolívar es habernos enseñado a crear.

Además, el decreto de guerra a muerte no concluye allí. Y se cumple sin excepciones, con un rigor mental y una audacia política que va más allá de la simple intrepidez personal. El 28 de julio de 1813 dirige una proclama a "los españoles y canarios". Les dice: "Nuestra benignidad, sin embargo, os convida nuevamente, españoles y canarios, a gozar de la felicidad de existir entre nosotros en paz y armonía; abandonad estas tristes reliquias del partido de bandidos que infestaron a Venezuela, acaudillados por el pérfido Monteverde, que os han puesto en la crítica y desesperada situación de morir en el campo, o en los cadalsos, perdiendo vuestras familias, vuestros hogares y vuestras propiedades. Si queréis vivir, no os queda otro recurso que pasaros a nuestros ejércitos, o conspirar directa o indirectamente, contra el intruso e inicuo Gobierno Español; pero si permanecéis en la indiferencia sin tomar parte en el restablecimiento de la República de Venezuela, seréis privados de vuestras propiedades, y sabed que cuantos españoles sirvan en las armas, y sean prisioneros en el campo de batalla serán sin remisión condenados a muerte".

Como complemento, el 8 de febrero de 1814, se dirige al Comandante de la Guaira, para decirle: "Por el oficio de US. del 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza con poca guarnición y un crecido número de presos. En su consecuencia, ordeno a US. que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bovedas y en el hospital, sin excepción alguna"

En respuesta a una carta del Arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat, del mismo 8 de febrero de 1814, dice: "... No sólo por vengar a mi Patria, sino por contener el torrente de sus destructores, estoy obligado a la severa medida que V.S. Illma. ha sabido. Uno menos que exista de tales monstruos es uno menos que ha inmolado e inmolaría centenares de víctimas. El enemigo viéndonos inexorables a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá la impunidad que le aliente". Y agrega: "Nada me sería más grato que entrar en esta ocasión en las miras de V.S. Illma. y ceder a mis propios sentimientos de humanidad. Pero la salud de mi Patria impone la imperiosa ley de adoptar medidas opuestas, y crea V.S. Illma. que la piedad misma las exige; pues pequeños sacrificios ahora evitarán mayores en lo sucesivo" "Suplico a V.S. Illma, se sirva disponer de mi decidida voluntad a servirle en cuanto me lo permita la salud pública, de que soy responsable.. Su apasionado servidor y amigo Q.B.L.M. de V.S. Illma. SIMON BOLIVAR".

La dureza revolucionaria de Bolívar no era sólo un acto de guerra internacional, o de liberación nacional, también la usaba para reprimir la indisciplina interna. Era una suerte de vigilancia activa. El 11 de septiembre de 1813 dicta su decreto contra los defraudadores de la renta del tabaco, y dispone en su parte resolutive: "Todo aquel que fuere convencido de haber defraudado los caudales de la Renta Nacional de Tabaco, o vendiéndola clandestinamente fuera del Estanco, o dilapidándolos con robos o manejos ilícitos, será pasado por las armas, y embargados sus bienes para deducir los gastos y perjuicios que origine". Por lo demás, el decreto no se quedó escrito; fue ejecutado. ¿Quién nos diría que ese no es un Bolívar para hoy? ¿Un Bolívar que hace falta hoy? ¿Qué estamos necesitando hoy?

El Decreto de Guerra a Muerte —en fin— es una cátedra de justicia política, un acto indispensable de guerra, una medida de salud pública —para usar sus palabras— un indestructible acto revolucionario. Una lección de hispanomaérica para el mundo que combate por su libertad.

Hay un Bolívar decretado por las historias. El de las altas y lustrosas botas negras, los espolines tintineantes, el pesado sable prusiano y el escarabajo de las charreteras doradas sobre los hombros. El modelo inmóvil y de salón. Y otro: el Bolívar de la mula, los pies descalzos en ocasiones, el sombrero jipa y los llaneros sobre sus potros, que hace la guerra, la guerra a muerte, y nos entrega esta Patria que nosotros no estamos ayudando a conservar. De ese último Bolívar hemos hablado esta noche, y habrá que continuar hablando durante mucho tiempo, todo el tiempo necesario para encontrar, de nuevo, una Patria de verdad.